



Françoise Sagan

UNA CIERTA SONRISA

Traducción de José Ramón Monreal

EDICIONES  INVISIBLES

CAPÍTULO I

H abíamos pasado la tarde en un café de la rue Saint-Jacques, una tarde de primavera como cualquier otra. Me aburría un poco, dicho sea sin exagerar; no hacía sino ir y venir de la máquina de discos a la ventana mientras Bertrand hablaba sobre las clases de Spire. Me acuerdo de que en un momento dado, en que estaba apoyada en el aparato, había observado que el disco se alzaba, lentamente, para ir a posarse en sentido oblicuo contra la aguja, casi con ternura, como si fuera una mejilla. Y no sé por qué me invadió una violenta sensación de felicidad; la intuición física, desbordante, de que iba a morir un día y de que ya no tendría más mi mano sobre aquel reborde de cromo, ni ese sol en mis ojos.

Me había vuelto hacia Bertrand. Él me miraba y, cuando vio mi sonrisa, se levantó. No admitía que yo fuese feliz sin él. Mis estados de felicidad no debían ser sino momentos esenciales de nuestra vida en común. Esto yo lo sabía ya confusamente, pero

aquel día no pude soportarlo y aparté la mirada. El piano había esbozado el tema de *Lone and sweet*; un clarinete, del que conocía cada soplo, lo retomaba alternativamente.

Había conocido a Bertrand en los exámenes del año anterior. Pasamos una semana angustiosa juntos antes de que yo partiera de nuevo a casa de mis padres para pasar el verano. La última noche me había besado. Luego me había escrito. Primero, distraídamente. Luego varió el tono. Yo seguía esas gradaciones no sin una cierta desazón, de manera que cuando me escribió: «Encuentro ridícula esta declaración, pero creo que te quiero», pude responderle en el mismo sentido sin mentir: «Esta declaración es ridícula, pero también yo te quiero». Esta respuesta se me había ocurrido de forma natural o, mejor dicho, por afinidad fonética. La propiedad de mis padres, a orillas del Yonne, ofrecía pocas distracciones. Yo bajaba a la orilla, miraba un instante las aglomeraciones de algas, ondeantes y amarillas, en la superficie, y luego hacía cabrillas con piedrecitas suaves, gastadas, negras y ágiles sobre el agua como si fueran golondrinas. Durante todo este verano re-

petía «Bertrand» para mí misma y para el futuro. En cierta manera, establecer los acordes de una pasión por medio de cartas me parecía suficiente.

Ahora, Bertrand estaba detrás de mí. Me alargaba mi vaso, y al volverme me topé con él. Siempre se sentía un poco vejado por mi ausencia en sus conversaciones. Sin embargo, a mí me gustaba bastante leer, pero hablar de literatura me aburría.

Él no se acostumbraba.

—Siempre pones la misma melodía —dijo—. Que sepas que me gusta mucho.

Dijo esta última frase con una voz neutra y me acordé de que aquel disco lo habíamos escuchado por primera vez juntos. Volvía a encontrar en él ciertos arrebatos sentimentales, jalones de nuestra relación, de los que no había conservado en la memoria. «No es nada para mí —pensé de pronto—, me aburre, soy indiferente a todo, no soy nada, nada, absolutamente nada»; y el mismo sentimiento de absurda exaltación me hacía un nudo en la garganta.

—Tengo que ir a ver a mi tío, el viajero —dijo Bertrand—. ¿Vienes?

Pasó por delante de mí y yo lo seguí. No conocía al tío viajero ni ganas que tenía. Pero había algo en mí que me destinaba a seguir la nuca bien rasurada de un hombre joven, a dejarme llevar siempre, sin oponer resistencia, con estos nimios pensamientos glaciales y resbaladizos como peces. Y un cierto cariño. Bajaba por el bulevar con Bertrand; nuestros pasos iban al mismo ritmo que nuestros cuerpos por la noche; me llevaba de la mano; éramos delgados y graciosos, como de imagen de revista.

A todo lo largo de ese bulevar y en la plataforma del autobús que nos llevaba al encuentro del tío viajero, sentía que quería a Bertrand. Los tumbos me arrojaban sobre él, él reía y me rodeaba con un brazo protector. Permanecía pegada a su chaqueta, contra la curva de su hombro, ese hombro varonil tan cómodo para mi cabeza. Respiraba su perfume, lo reconocía perfectamente y me emocionaba. Bertrand era mi primer amante. Y era en él en quien había conocido el perfume de mi propio cuerpo. Es siempre en el cuerpo de los otros donde se descubre el propio, su largura, su olor, primero con desconfianza y luego con gratitud.